

**CONSEJOS
Y
RECUERDOS**

por

**SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS
DOCTORA DE LA IGLESIA**

CONSEJOS Y RECUERDOS

APOSTOLADO MARIANO

C/ Recaredo, 44

41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-153-9

D.L.: Gr. 780-98

Impreso en Azahara SL

Impreso en España

Printed in Spain

CONSEJOS Y RECUERDOS

1.—En las conversaciones de la Santa con sus novicias encontramos las más preciosas enseñanzas.

Una de dichas novicias refiere:

—Como sintiera desaliento en vista de mis imperfecciones, díjome sor Teresita del Niño Jesús:

—V. C. (1) me hace pensar en un niño que empieza a tenerse en pie, pero que todavía no puede andar. Queriendo absolutamente llegar a lo alto de una escalera, para reunirse con su mamá, levanta su piececito para subir el primer escalón. ¡Esfuerzo inútil! Siempre vuelve a caer sin poder adelantar. Pues bien, sea V. C. como este pequeño; por la práctica de todas las virtudes, levante continuamente su piececito para subir la escalera de la santidad, mas no se imagine que podrá subir ni siquiera el primer peldaño. No, pero

(1) Es una costumbre del Carmen el llamarse por Vuestra Caridad entre Hermanos y Religiosas. A los Padres y Superiores se les llama por Vuestra Reverencia. De aquí el uso frecuente de las abreviaturas V. C. o V. R. en los escritos de la Santa Carmelita.

Dios no le pide sino buena voluntad. Desde lo alto de la escalera la está mirando con amor; muy pronto, vencido por los inútiles esfuerzos de V. C., bajará El mismo y, tomándola en sus brazos, se la llevará para siempre a su reino, donde jamás se separará de su lado. Pero si deja de levantar el pie, la dejará por mucho tiempo en la tierra. El único medio de hacer rápidos progresos en el camino del amor —añadía— consiste en quedar siempre muy pequeña. Así procedí yo; por eso puedo cantar ahora con nuestro Padre San Juan de la Cruz:

«Y abatíme tanto, tanto,
Que fui tan alto, tan alto,
Que di a la caza alcance» (2).

* * *

2.—Sometida a una tentación que me parecía imposible vencer, le dije:

—Esta vez no puedo sobreponerme a ella, es imposible.

A lo cual me respondió ella:

—¿Por qué busca sobreponerse? *Pase sencillamente por debajo de ella.* Bueno es para las almas grandes remontar el vuelo sobre las nubes cuando ruge el huracán; a nosotras nos basta soportar

(2) San Juan de la Cruz: *Coplas del alma que pena por ver a Dios.*

pacientemente los aguaceros. ¡Tanto peor si salimos algo mojadas!; nos secaremos después al sol del amor. Recuerdo a tal propósito este rasgo de mi niñez: un caballo nos cerraba la entrada del jardín; se discutía por los que me rodeaban la manera de hacerlo retroceder; pero yo, dejando que discutieran, pasé muy quedito por entre sus piernas... ¡He aquí lo que se gana en continuar siendo bajita!

* * *

3.—«Nuestro Señor contestaba en otro tiempo a la madre de los hijos de Zebedeo: *“El estar a mi diestra y siniestra es para aquellos a quienes la ha destinado mi Padre”* (3). Se me figura a mí que estos puestos distinguidos negados a grandes santos y a mártires, serán el patrimonio de los niños.

¿Acaso no es esto lo que profetizó David cuando dice: *“El pequeño Benjamín presidirá las asambleas”* (de los santos)?» (4).

* * *

4.—«No conviene que V. C. esté criticándolo todo, procurando que todo el mundo se conforme con su opinión. Ya que pretendemos ser *niños*,

(3) San Mateo, XX, 23, y San Marcos, X, 40.

(4) Salmo LXVII, 29 (texto hebreo).

imitémoslos; los niños no distinguen lo que es mejor, sino que todo les parece bien. Por otra parte, carece de mérito el hacer lo razonable.»

* * *

5.—«Mis protectores en el cielo y mis predilectos son los que lo han robado, como los Santos Inocentes y el Buen Ladrón. Los grandes santos lo ganaron con sus obras; pero yo quiero imitar a los ladrones, quiero apropiármelo con maña de amor, que me abrirá las puertas a mí y a los pobrecitos pecadores. El Espíritu Santo me anima, ya que dice en los Proverbios que *los pequeñuelos adquieran de El sagacidad*» (5).

* * *

6.—¿Qué haría si pudiera volver a empezar la vida religiosa? —le preguntaron.

—Me parece que haría lo mismo que he hecho (6).

—Entonces, ¿no siente, pues, V. C. como aquel solitario que decía: «Aun cuando hubiera vivido largos años en la penitencia, mientras me quedare un cuarto de hora, un soplo de vida, temería condenarme»?

(5) Prov., I, 4.

(6) Vea el lector «Novissima Verba», 12 de julio.

—No, no puedo participar de este temor; soy demasiado pequeña para condenarme; *los niños pequeños no se condenan* (7).

—Siempre procura V. C. parecerse a los niños pequeños. Díganos, pues: ¿qué debe hacerse para poseer el espíritu de niño? ¿Qué es el permanecer pequeño?

—Permanecer pequeño es reconocer la nada de uno; esperar todo de Dios, *como un niño lo espera todo de su padre; no inquietarse por nada, no procurar llegar a ser rico*. Aun en las casas más pobres, mientras el niño es pequeñito, se le da todo lo que necesita; mas luego que llega a ser mayor, ya no quiere alimentarlo su padre, sino que le dice: «Ahora trabaja, que ya te bastas tú solo.» Pues precisamente para no oír eso jamás, no he querido crecer, sintiéndome incapaz de ganar la vida, la vida eterna del cielo. He permanecido, pues, siempre pequeña, sin otra ocupación que la de recoger las flores del amor y del sacrificio y ofrecerlas a Dios para recreo suyo.

Ser pequeña significa también no atribuirse a sí misma las virtudes que se practican, juzgándose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone ese tesoro de virtud en la mano de su hijito para que se sirva de él cuando lo necesite; y siempre es el tesoro de Dios.

(7) Vea el lector «Novissima Verba», 10 de julio.

Consiste, en fin, en no desanimarse por las propias faltas, pues los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño (8).

* * *

7.—A fin de imitar a nuestra angélica Maestra, no quería yo crecer, por lo que ella me llamaba «la niñita». Durante un retiro, me escribió estas líneas:

«No repare el decir a Jesús que le ama, aun sin sentirlo, porque es la manera de obligarle a que la socorra, a llevarla como un niño que todavía no tiene fuerza para andar.

Es una prueba muy dura verlo todo negro; pero esto no está del todo en su mano; haga todo cuanto pueda para desligar su corazón de los cuidados de la tierra y, sobre todo, de las criaturas; después, esté segura de que Jesús hará lo demás; no podrá permitir que caiga en el abismo. Consuélese, niñita mía, pues en el cielo no lo verá ya *todo negro*, sino *todo blanco*. Sí, todo estará revestido de la divina blancura de nuestro Esposo, el Lirio de los valles. Juntas le seguiremos dondequiera que vaya... ¡Ah, aprovechémonos del cortísimo instante de nuestra vida! Agrademos a Jesús, salvándole almas con nuestros sacrificios. Sobre todo, seamos pequeñitas, tan pequeñitas que todo el mundo pueda piso-

(8) Vea el lector «Novissima Verba», 6 de agosto.

tearnos sin que nosotras parezcamos siquiera sentirlo ni padecer por ello.

No me sorprenden las derrotas del niño; olvida que, siendo también misionero y guerrero, ha de privarse de las consolaciones demasiado infantiles. Pero, ¡qué feo es perder el tiempo aburriéndose, en vez de adormecerse sobre el corazón de Jesús!

Si la obscuridad de la noche amedrenta al niño, si éste se queja de no ver a Aquel que le lleva, *cierra los ojos*; éste es el único sacrificio que Jesús le pide. Quedando así, quietecito, la noche no le asustará, porque ya no la verá, y pronto la calma, si no la alegría, renacerá en su corazón» (9).

* * *

8.—Para ayudarme a aceptar una humillación, me hizo esta confidencia:

—Si no hubiese sido admitida en el Carmen, hubiera ingresado en un refugio, para vivir allí desconocida y menospreciada en medio de las pobres «arrepentidas». Mi dicha hubiera consistido en pasar por tal a los ojos de todos, y me

(9) Esta confesión nos la hace Sor Marta de Jesús, Hermana de Velo Blanco, novicia de la Santita, de quien fue muy amada. Véase lo que dijimos anteriormente al hablar de las novicias que tuvo la Santa. «Historia de un Alma», cap. IX. (Conf. «Lettres de Ste. Thérèse de l'Enfant Jésus». Ed. I, 1948. Année 1894. Letre CLII, pág. 287, donde puede leerse el original de este billetito escrito por la Santita.)

hubiera convertido en apóstol de mis compañeras, diciéndoles lo que pienso de la misericordia de Dios...

—Pero, ¿cómo hubiera conseguido ocultar su inocencia al confesor?

—Le habría dicho que en el mundo había hecho ya una confesión general, y que me estaba prohibido renovarla.

* * *

9.—¡Oh, cuando pienso en lo que me falta adquirir aún! —exclamé cierto día.

—Diga mejor *perder*. Jesús es quien se encarga de llenar su alma a medida que V. C. la vacía de sus imperfecciones. Estoy viendo que yerra el camino; por ahí jamás llegará al término de su viaje. V. C. quiere subir una montaña y Dios quiere hacérsela bajar; allá la espera, abajo, en la fértil hondonada de la humildad.

* * *

10.—«Se me figura que la humildad es la verdad. No sé si soy humilde, pero sé que veo la verdad en todas las cosas» (10).

* * *

(10) Este pensamiento corresponde en todo a una verdadera hija de Santa Teresa, que quería que sus hijas anduviesen

11.—Verdaderamente, V. C. es una santa.

—No, yo no soy una santa; jamás he realizado las acciones de los santos; *yo soy un alma pequeña, a la que Dios ha colmado de gracias...* En el cielo verá cómo digo verdad (11).

—Pero siempre ha sido fiel a las divinas gracias, ¿verdad?

—Sí, *desde la edad de tres años*, nada he negado a Dios. Con todo, no puedo gloriarme de ello. ¿Ve cómo esta tarde el sol poniente dora las copas de los árboles? Así, mi alma se le aparece toda brillante y dorada, porque recibe los rayos del Amor. Si el Sol divino dejara de iluminarme con sus rayos, pronto me volvería oscura y tenebrosa (12).

—Nosotras también quisiéramos llegar a ser del todo doradas; pero, ¿cómo conseguirlo?

—Hay que practicar las virtudes pequeñas. A veces es difícil, pero Dios jamás niega la primera

siempre en verdad y se dejasen de unas humildades que consisten en no querer ver las mercedes que el Señor hace y que hubiera muerto mil veces por cualquier verdad. Sabía muy bien la Santita que el Señor es la misma verdad y que el demonio no puede nada ni hará pacto alguno con quien ande en verdad. «Vida de Santa Teresa», cap. XXV, 21. Teresita, que siempre se había alimentado con la harina deliciosa de la Sagrada Escritura, no podía pensar de otra manera: amor a la verdad, aunque muchas veces resulta muy amargo este procedimiento y requiere actos de virtud verdaderamente heroicos.

(11) Vea el lector «Novissima Verba», de 9 de agosto.

(12) Vea el lector «Novissima Verba», de 25 de julio.

gracia que da ánimo para vencerse; si el alma corresponde, inmediatamente se encuentra iluminada.

Siempre me llamó la atención la alabanza dirigida a Judit: «Te has portado con varonil esfuerzo, y tu corazón se ha hecho fuerte» (13). Primeramente hay que obrar con gran brío; después se fortalece el corazón y se camina de victoria en victoria (14).

* * *

12.—Santa Teresita del Niño Jesús jamás levantaba los ojos en el refectorio, según lo previene el reglamento. Observando ella que se me hacía muy difícil sujetarme a esta regla, compuso la oración siguiente, que fue para mí una revelación de su humildad, pues pide también para sí una gracia que solamente a mí me hacía falta:

«Jesús, tus dos pequeñas esposas toman la resolución de tener los ojos bajos en el refectorio para honrar e imitar el ejemplo que les diste en casa de Herodes. Cuando este príncipe impío se burlaba de Ti, ¡oh, Belleza infinita!, ni una queja salió de tus labios; no te dignaste siquiera fijar en él tus ojos adorables. ¡Oh, Jesús divino!, sin duda Herodes no merecía ser mirado por Ti; pero nosotras, que somos tus esposas, queremos atraer hacia

(13) Judit, XV, 11.

(14) Vea el lector «Novissima Verba», de 8 de agosto.

nosotras tus miradas divinas. Te pedimos que nos recompenses con aquella mirada de amor cada vez que nos abstengamos de levantar los ojos; y aun cuando caigamos, te rogamos que no nos niegues aquella dulce mirada, pues sinceramente nos humillaremos ante Ti.»

* * *

13.—Yo le decía que nada conseguía y que esto me desanimaba.

—Hasta la edad de catorce años —me contestó—, practiqué la virtud sin percibir su dulzura. Deseaba el sufrimiento, pero no pensaba en hacer consistir en él mi gozo; esta gracia me fue concedida más tarde. Parecíase mi alma a un hermoso árbol, cuyas flores caían apenas entreabiertas.

Ofrezco a Dios el sacrificio de no recoger nunca frutos, es decir, de sentir durante toda su vida repugnancia en sufrir, en ser humillada, en ver todas las flores de sus buenos deseos y buena voluntad caer en tierra sin producir nada. En un abrir y cerrar de ojos, en el momento de la muerte, sabrá hacer madurar hermosos frutos en el árbol de su alma (15).

Leemos en el Eclesiástico: *«Hay hombre muy falto de fuerzas y abundante de miserias; a éste, Dios le mira con ojos benignos, y le alza de su*

(15) Vea el lector «Novissima Verba», de 31 de julio.

abatimiento y le hace levantar la cabeza; de lo cual quedan muchos maravillados y glorifican a Dios. Confía en Dios y mantente en tu puesto, que fácil es a Dios el enriquecer en un momento al pobre. La bendición de Dios se apresura a recompensar al justo, y en breve tiempo le hace crecer y fructificar» (16).

—Mas si yo caigo, me encontrarán siempre imperfecta, mientras que en V. C. se reconoce que hay virtud.

—Quizá consista en que jamás lo he deseado... Pero lo que conviene, y en ello está la ganancia, es que la tengan siempre por imperfecta. El que las criaturas la juzguen sin virtud alguna, nada le quita ni en nada la empobrece; al contrario, son ellas las que pierden en alegría interior, porque nada hay más dulce y agradable que pensar siempre bien en nuestro prójimo.

Por lo que a mí toca, siento gran alegría, no sólo cuando me llaman imperfecta, sino sobre todo cuando yo misma me siento convencida de que lo soy; en cambio, las alabanzas sólo me causan disgusto.

* * *

14.—Dios le tiene amor partiular, puesto que le confía el cuidado de otras almas (17).

(16) Eclesiástico, XI, 12, 13, 22, 23, 24.

(17) El cuidado de las almas a que se hace referencia es el de ayudante de Maestra de Novicias.

—Esto no me da ni me quita nada; realmente no soy sino lo que soy delante de Dios... No me ama más porque me haya designado como su intérprete cerca de VV. CC., pues, por el contrario, me ha convertido en su humilde servidora de VV. CC. Justamente en obsequio de VV. CC. y no en provecho mío, me ha dado las gracias y virtudes que ven en mí. Con frecuencia me comparo a una escudillita que Dios llena con toda clase de sabrosos manjares. Todos los *gatitos* vienen por su ración, y aun a veces disputan por conseguir la mayor parte. Pero, ¡allí está el Niño Jesús vigilando! «Yo ya quiero que beban en mi escudilla», dice, «pero, ¡cuidado con volcarla y romperla!» A decir verdad, no hay gran riesgo en ello, porque estoy colocada en tierra. Para las prioras ya no es lo mismo, pues estando servidas sobre mesas, corres mayores peligros. Siempre es peligroso el honor. ¡Ay, cuánto veneno de alabanzas se sirve diariamente a los que ocupan los primeros puestos! ¡Cuán funesto incienso! ¡Cuán preciso es que el alma esté desasida de sí misma para no resultar dañada!

* * *

15.—Decía una novicia:

—¡Qué feliz es V. C., a quien se ha elegido para señalar a las almas el «Camino de Infancia»!

Contestó:

—¿Por qué sería feliz por eso? ¿Por qué desearía que Dios se sirviera de mí preferentemente a otra?

Con tal que su reino se restablezca en las almas, poco importa el instrumento. Por otra parte, El de nadie necesita. Miraba yo, no hace mucho tiempo, la mecha de una lamparilla próxima a extinguirse. A ella acercó una hermana su cirio y por medio de éste todos los de la Comunidad fueron encendidos. Entonces me hice estas reflexiones:

«¿Quién, pues, podría vanagloriarse de sus obras? Así la mortecina luz de aquella lamparilla sería bastante para prender fuego al universo entero. A menudo creemos recibir las gracias y luces divinas por medio de brillantes cirios, pero, ¿de dónde esos cirios recibieron la luz? Tal vez de la oración de un alma humilde y completamente oculta sin brillo aparente, sin virtud reconocida, abatida a sus propios ojos, casi apagada (18).

¡Oh, cuántos misterios se nos descubrirán más tarde! ¡Cuántas veces he pensado que tal vez debo todas las gracias de que he sido colmada a los

(18) Este mismo pensamiento lo hallamos escrito en «Novissima Verba», donde la Santa hace alusión a un acto de Sor María de la Eucaristía, que, queriendo encender las velas de la Comunidad, faltándole otro medio, acudió a la mortecina luz de la lámpara de las reliquias. Este sencillo acontecimiento elevó a Teresita, la Santa de los detalles ocultos, a hacer tal consideración, que tanta teología encierra acerca de la Comunión de los Santos. (Véase «Novissima Verba», 15 de julio.)

ruegos de algún alma humilde, a la que sólo conoceré en el cielo!

Es voluntad de Dios que en este mundo las almas se comuniquen entre sí los dones celestiales por medio de la oración, para que, llegadas a la patria celestial, puedan amarse con amor de gratitud y con afecto mucho mayor todavía que el de la familia más ideal que pueda existir en la tierra.

Allí no encontraremos miradas indiferentes, porque todos los santos se deberán mutuamente algo.

No veremos ya miradas envidiosas; además la dicha de cada uno de los elegidos será la dicha de todos. Con los mártires nos pareceremos a los mártires; con los doctores seremos como los doctores; con las vírgenes, vírgenes pareceremos, y como los miembros de una misma familia están ufanos unos de otros, así lo estaremos de nuestros hermanos, sin la menor envidia» (19).

* * *

«¿Quién sabe si la alegría que experimentaremos al ver la gloria de los grandes santos y saber que, por un oculto resorte de la Providencia, nosotros hemos contribuido a ella?, ¿quién sabe si esa alegría no será tan intensa como la misma felicidad de que estarán ellos mismos en posesión y tal vez más dulce?

(19) Semejante expresión la encontramos también en «Novissima Verba», 12 de julio.

¿Y creen que los grandes santos, a su vez, viendo cuánto deben a almas pequeñuelas, no las amarán con amor incomparable? Estoy cierta de que allí habrá simpatías deliciosas y sorprendentes. El predilecto de un apóstol, de un gran doctor, será tal vez un zagalillo; y el íntimo amigo de un patriarca, una candorosa criatura. ¡Oh, cuánto quisiera estar en aquel reino del amor!»

16.—«Créanme; escribir libros de piedad, componer las más sublimes poesías, todo eso no equivale al más pequeño acto de renuncia de una misma. Esto no obstante, cuando padecemos imposibilidad en practicar el bien, nos queda como único recurso ofrecer las obras de los otros. He aquí la ventaja de la comunión de los Santos. Recuerden aquella hermosa estrofa del Cántico Espiritual de nuestro Padre San Juan de la Cruz:

Vuélvete, paloma,
Que el cielo vulnerado
Por el otero asoma
Al aire de tu vuelo, y fresco toma (20).

Ya lo ven, al Esposo, al *Ciervo herido*, no le *atrae la altura*, sino el *aire* del vuelo, y un solo abatir de alas puede producir esta brisa de amor.»

* * *

(20) Véase «Cántico Espiritual de Nuestro P. S. Juan de la Cruz», estrofa XIII.

17.—«Lo único que no causa envidia es el último lugar; nada hay, pues, fuera de este último lugar, que no sea vanidad y aflicción de espíritu. Con todo *no está en el solo querer del hombre el dirigir su camino* (21); y a veces vemos con sorpresa que se nos va el corazón tras de lo que brilla. Entonces, coloquémonos humildemente entre los imperfectos, reconozcámonos almas pequeñas, que Dios debe sostener a cada instante. Tan pronto como nos ve totalmente convencidas de nuestra nada, tan pronto como le decimos: "*Mi pie ha vacilado; tu misericordia, Señor, me ha hecho firme*" (22), nos alarga la mano; pero si pretendemos hacer algo grande, aunque sea con el pretexto del cielo, nos deja solas. Basta, pues, humillarse y soportar con paciencia las propias imperfecciones; he aquí la verdadera santidad para nosotras.»

* * *

18.—Quejábame yo cierto día de estar más cansada que mis hermanas, porque, además de un trabajo de comunidad, había hecho otro que se ignoraba. La Sierva de Dios me respondió:

—Quisiera verla siempre como un soldado valiente que nunca se queja de sus trabajos, que halla muy graves las heridas de sus hermanos y consi-

(21) Jeremías, X, 23.

(22) Salmo XCIII, 18.

dera las tuyas como rasguños. ¿Por qué siente tanto esa fatiga? Es porque nadie la conoce...

Dos panadizos tuvo la bienaventurada Margarita María, pero decía que sólo el primero la había hecho realmente padecer, porque no le fue posible ocultar el segundo, el cual por eso fue objeto de la compasión de las hermanas.

Este sentimiento nos es natural; pero nos portamos como lo hace vulgarmente todo el mundo si deseamos que se sepa cuándo nos duele algo.

* * *

19.—«Cuando cometamos una falta, jamás creamos que es efecto de una causa física, como la enfermedad o el tiempo. Atribuyamos, por el contrario, la caída a nuestra imperfección, sin desanimarnos nunca. “Porque no son las ocasiones las que hacen flaco al hombre, sino que manifiestan lo que es”» (23).

* * *

20.—«No permitió Dios que nuestra Madre me dijese que podría escribir mis poesías a medida que mentalmente las componía; por mi parte, no hubiera querido pedírselo por temor a faltar a la santa pobreza. Teniendo, pues, que esperar la hora de

(23) *Imit.*, 1, I, c. XVII, 4.

tiempo libre, no sin enorme trabajo me acordaba a las ocho de la noche de lo que había compuesto por la mañana.

Estas pequeñeces son un martirio, verdad es; pero hay que guardarse mucho de disminuirlo tomándose o consiguiendo permiso para mil cositas que nos harían la vida religiosa cómoda y agradable.»

* * *

21.—Como llorase yo cierto día, me recomendó Santa Teresita del Niño Jesús que me acostumbrase a no exteriorizar así mis insignificantes sufrimientos, añadiendo que la desigualdad de humor es lo que hace la vida de comunidad más triste.

—Tiene muchísima razón —le dije—; yo también lo tenía entendido así. En adelante no lloraré más que con Dios; a El sólo confiaré mis penas. El me comprenderá y me consolará siempre.

Mas a esto contestó vivamente:

—¡Llorar delante de Dios! Guárdese bien de hacerlo. Menos triste ha de presentarse delante de El que delante de las criaturas. ¡Cómo! Este buen Maestro no tiene más que nuestros conventos para solazar su Corazón; viene a nuestras casas para descansar, para olvidar las continuas quejas de sus amigos del mundo, pues lo más frecuente en la tierra es que, en vez de reconocer el precio de la Cruz, se llore y se gima, ¿y quisiera también V. C. portarse como la mayoría de los mortales...? Fran-

camente, esto no es amor desinteresado. *A nosotras toca consolar a Jesús; no a El consolarnos a nosotras.*

Lo sé muy bien. *Tiene El tan buen corazón*, que si V. C. llora, El enjugará sus lágrimas; mas luego se marchará tristísimo por no haber podido descansar en su alma. Jesús gusta de corazones alegres, de un alma siempre sonriente. ¿Cuándo, pues, sabrá *ocultarle sus penas* o decirle cantando que se siente dichosa de sufrir por El? El semblante es el reflejo del alma; debe, pues, en toda ocasión mostrar el semblante tranquilo y sereno, como niño siempre contento. Cuando se halle sola, obre también del mismo modo, porque es hecha continuamente espectáculo a los Angeles.

* * *

22.—Quería que me felicitase por haber practicado un acto de virtud, a mis ojos, heroico.

Ella me dijo:

—¿Qué es este pequeño acto de virtud, en comparación de lo mucho que Jesús tiene derecho a esperar de su fidelidad? Antes debería humillarse por no saber aprovecharse de tantas ocasiones de demostrarle su amor.

Poco satisfecha de esta respuesta, esperaba una ocasión difícil para ver cómo se portaría en ella Sor Teresita del Niño Jesús. Esta ocasión no tardó en presentarse. Habiéndonos pedido Nuestra Re-

verenda Madre un trabajo pesado y sujeto a mil contradicciones, hice maliciosamente por manera de aumentarle la carga; mas no pude conseguir que flaquease un solo instante; por el contrario, la vi siempre graciosa y amable, sin hacer caso de la fatiga. ¿Se trataba de molestarle de servir a las otras? A todo se prestaba ella animosa. Por fin, no pudiendo más, echéme a sus brazos y le confesé los malos sentimientos que habían agitado mi alma.

—¿Cómo se lo arregla —le dije— para practicar la virtud de esta manera, para estar constantemente gozosa, serena y siempre igual?

—No siempre lo hice así —me respondió—; *pero desde que nunca me busco a mí misma, llevo la vida más feliz que pueda imaginarse.*

* * *

23.—En la recreación, más que en cualquier otra parte —decía la Santa—, encontrará provecho de practicar la virtud. Si quiere sacar más provecho, no vaya a ella con la idea de recrearse, sino con la de recrear a las otras, y practique en ella el completo desasimiento de sí misma. Por ejemplo, si V. C. refiere a alguna de las hermanas algo que le parece interesante y ella la interrumpe para referir otra cosa, escúchela con interés, aunque lo que refiera no le interese, y no se esfuerce en reanudar la conversación primera. Haciéndolo así, saldrá de la recreación con gran paz interior y

revestida de fuerza nueva para practicar la virtud, porque no habrá buscado su propia satisfacción, sino complacer a las otras. ¡Si se comprendiera lo que se gana con negarse una a sí misma en todas las cosas...! (24).

—V. C. debe saberlo bien, puesto que siempre lo ha practicado, ¿verdad?

—Sí, me olvidé a mí misma; procuré no buscarme jamás en nada.

* * *

24.—«Hemos de ser mortificadas cuando se nos llama con la campanilla y cuando se llama a nuestra puerta, hasta el extremo de no dar un solo punto más antes de responder. Yo lo he practicado y le aseguro que es una fuente de paz.»

Después de recibir este consejo, siempre que se me presentaba la ocasión lo dejaba todo con prontitud. Cierta día, durante la enfermedad, habiendo sido ella misma testigo de esta diligencia, me dijo:

—En el momento de la muerte, se sentirá muy dichosa de hallar de nuevo todo eso. Acaba de realizar un acto más glorioso que si con gran

(24) Cuentan las que convivieron con la Santita que era tanto su encanto en la recreación y su gracia en hacer alegres aquellos ratos de expansión permitidos por la Regla, que si alguna vez faltaba Teresita por alguna cosa, en la recreación todas las religiosas se lamentaban, diciendo que por aquella vez el recreo sería muy aburrido.

diplomacia hubiese obtenido el favor del gobierno para las comunidades religiosas y Francia entera la aclamase como le sucedió a Judit (25).

* * *

25.—Preguntada sobre su manera de santificar las comidas, contestó:

—Sólo una cosa debemos hacer en el refectorio: ejecutar acción tan baja con pensamientos elevados. Lo confieso, justamente en el refectorio es donde a menudo me vienen las más dulces aspiraciones de amor. Algunas veces tengo que detenerme pensando que si Nuestro Señor estuviese en mi lugar, en vista de los manjares que me sirven, ciertamente los tomaría... Es muy probable que durante su vida mortal gustase de los mismos alimentos; «comía pan, frutas...».

He aquí mis pequeñas rúbricas infantiles:

Me represento estar en Nazaret en casa de la Sagrada Familia. Si me sirven, por ejemplo, en-

(25) La Santa practicó a maravilla esta puntualidad tan escrupulosa. Más de una vez dejó su escritura sin acabar ni siquiera una simple sílaba. Así conservó una Sor Inés de Jesús. Otra vez cuentan las que con ella convivieron que, estando un día de invierno secando su calzado y burdas medias en el brasero de la Comunidad, tocaron la campanilla de la Sacristía (ella era sacristana), y oyendo en ella la voz del Señor acudió presurosa, con sólo las alpargatas y el pie desnudo a cumplir con aquel acto de obediencia sin preocuparse siquiera de lo que podía sucederle de tal atrevimiento.

salada, pescado frío, vino o alguna otra cosa de gusto fuerte, lo ofrezco al buen San José. A la Virgen Santísima le doy las porcines calientes, la fruta bien madura, etc., y los manjares de los días festivos, especialmente las gachas de leche, el arroz, las confituras, los ofrezco al Niño Jesús. Por fin, cuando me traen una mala comida, me digo alegremente: Hoy, hijita mía, todo esto es para ti.

Así nos ocultaba ella sus mortificaciones bajo graciosas apariencias. Sin embargo de ello, cierto día de ayuno, en el cual nuestra Reverenda Madre le había impuesto algún alivio, la sorprendí amargando con ajeno el sabor demasiado agradable que hallaba en dicho plato de gracia.

26.—Otra vez la vi beber lentamente un remedio execrable.

—¡Vamos, aprisa —le dije—, beba todo eso de un sorbo!

—¡Oh, no! ¿Por ventura no he de aprovechar las pequeñas ocasiones que se me presentan de mortificarme algo, ya que me está prohibido hacer mortificaciones mayores?

Así ocurrió durante su noviciado (esto lo supe en los últimos meses de su vida), que, queriendo una hermana sujetarle el escapulario, le atravesó a la vez el hombro con su gran alfiler, sufrimiento que aguantó varias horas con alegría.

27.—En otra ocasión me dio una prueba de su mortificación interior.

Había yo recibido una carta muy interesante, la cual se leyó en el recreo durante su ausencia. Al anoecer me manifestó deseos de leerla a su vez y se la di. Cuando me la devolvió, algún tiempo después, le rogué que me dijera su opinión sobre un extremo que debía haberle particularmente gustado. Se turbó y, por último, me respondió:

—Dios me ha pedido que haga el sacrificio de esa carta, a causa del afán que demostré el otro día; no la he leído...

* * *

28.—Hablándole yo de las mortificaciones de los santos, me respondió:

—¡Cuán bien hizo Nuestro Señor en prevenirnos de «*que en la casa de su Padre hay muchas moradas! Si así no fuera, nos lo hubiera dicho*» (26)... Sí, si todas las almas llamadas a la perfección hubiesen tenido que ganar el cielo practicando esas austeridades, El nos lo hubiera dicho, y nosotras nos las hubiéramos impuesto de todo corazón. Pero nos anuncia «*que hay muchas moradas en su casa*». Si hay las de las grandes almas, las de los padres del desierto, las de los mártires de la penitencia, debe también haber las de los pe-

(26) Juan, XIV, 2.

queñuelos. Si amamos mucho a El y a nuestro Padre Celestial y al Espíritu de Amor, allí tenemos reservado nuestro asiento.

* * *

29.—«Antes, cuando estaba en el mundo, al despertarme por la mañana, pensaba en lo favorable o adverso que probablemente me ocurriría durante el día. Así, si sólo preveía disgustos, me levantaba triste. Ahora sucede todo lo contrario; pienso en las penas y sufrimientos que me aguardan y me levanto tanto más alegre y animosa cuanto más ocasiones preveo de demostrar mi amor a Jesús y de ganar *la vida de mis hijos*, puesto que soy madre de las almas. Luego, beso mi crucifijo, lo pongo delicadamente sobre la almohada, mientras me visto, y le digo: “¡Jesús mío, bastante trabajaste, bastante lloraste durante los treinta y tres años que viviste en esta tierra miserable! Hoy descansa... Ahora me toca a mí combatir y padecer.”»

* * *

30.—Cierta día de colada en que me dirigía despacio al lavadero, mirando de paso las flores del jardín, Sor Teresita del Niño Jesús, que también iba a él, apresurando el paso, se cruzó luego conmigo y me dijo:

—¿Es así como se dan prisa los que tienen hijos que criar y han de ganarles el sustento trabajando?

* * *

31.—«¿Quiere saber cuáles son mis domingos y días festivos...? Son los días en que Dios me prueba más.»

* * *

32.—Me estaba desolando de mi poco valor.

—Cabalmente se queja —me dijo— de lo que debería causarle la mayor alegría. ¿Dónde estaría su mérito si sólo debiera combatir cuando se siente animosa? ¡Qué importa que no sienta valor, con tal que obre como si lo tuviera! Si estando sin ánimo para recoger una hilacha lo hace por amor de Jesús, consigue mucho más mérito que realizando un acto mucho más importante en momentos de fervor. Alégrese, pues, V. C. en lugar de entristecerse al considerar que, dejándole sentir su debilidad, le facilita Jesús ocasión de salvarle mayor número de almas.

* * AC

33.—Le preguntaba yo si Nuestro Señor no estaría descontento de mí viéndome tan cargada de miserias. A esto me respondió:

—Tranquilícese: Aquel a quien V. C. ha tomado por Esposo tiene todas las perfecciones imaginables, es verdad; pero si me atreviera a decirlo, afirmarí que tiene al propio tiempo una gran enfermedad: *la de ser ciego*, y que hay también una ciencia que ignora: *la del cálculo*. Estos dos grandes defectos, que serían lunares bastate sensibles en un esposo mortal, hacen al nuestro infinitamente amable.

Si viese claro y supiese calcular, ¿cree V. C. que, a vista de todos nuestros pecados, no nos arrojaría inmediatamente a la nada de donde salimos? Pero no, el gran amor que nos tiene le vuelve positivamente ciego.

Véalo V. C.: si el más grande pecador de la tierra, arrepintiéndose de sus ofensas en el momento de la muerte, expira en un acto de amor, inmediatamente, sin calcular, de una parte, las innumerables gracias de que abusó el desgraciado y, de otra, todos sus crímenes, ya no ve ni toma en cuenta más que su última oración y lo recibe al punto en los brazos de su misericordia.

Mas, para volverle así completamente ciego e impedirle que haga la más insignificante suma, es preciso saber ganarle por el corazón; allí tiene su flaco...

* * *

34.—Habiéndole dado un disgusto, fui a pedirle perdón. Conmovióse mucho y me dijo:

—¡Si supiera lo que por mí pasa! ¡Jamás comprendí tan bien como ahora con qué amor nos recibe Jesús cuando le pedimos perdón después de una falta. Si yo, su criatura insignificante, he sentido tanta ternura para con V. C. en el momento en que, arrepentida, ha vuelto a mí, ¿qué debe pasar en el corazón de Dios misericordioso cuando vamos a reconciliarnos con El...? Sí, ciertamente, todavía con más prontitud de lo que yo lo he hecho, olvidará El todas nuestras iniquidades para no volver a acordarse jamás de ellas... ¡Habrá más; nos amará todavía con mayor cariño que antes de cometer la falta...!

* * *

35.—Tenía yo un miedo extraordinario a los juicios de Dios, el cual, a pesar de todo lo que ella me decía, no se disipaba. Cierta día le puse la siguiente objeción:

—Nos repiten de continuo que Dios encuentra lunares en sus propios ángeles; ¿cómo quiere que yo no tiembre?

Ella contestó:

—Solamente hay un medio para obligar a Dios a que no nos juzgue siquiera: el de presentarnos a El con las manos vacías.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo: no se guarde nada; dé sus bienes a medida que los gane.

Por lo que a mí toca, aunque viva ochenta años seré siempre igualmente pobre; no sé ahorrar nada, todo cuanto tengo lo gasto al punto en rescatar almas.

Si aguardase la hora de mi muerte para presentar mis moneditas y hacerlas estimar en su justo valor, sin duda no dejaría Nuestro Señor de descubrir en ellas la aleación que ciertamente tendría que ir a dejar en el purgatorio.

¿No se refiere de grandes santos que, no obstante llegar al tribunal de Dios con las manos cargadas de méritos, tienen que ir algunas veces a aquel lugar de expiación, porque toda justicia está manchada a los ojos del Señor?

—Pero —repliqué yo— si Dios no juzga nuestras acciones buenas, juzgará las malas. ¿Qué ocurrirá entonces?

—¿Qué está diciendo? Nuestro Señor es la misma Justicia; si no juzga nuestras acciones buenas, tampoco juzgará las malas. Para las víctimas del amor, me parece que no habrá juicio; antes me inclino a creer que Dios se apresurará a recompensar con delicias eternas su propio amor, que verá arder en sus corazones.

—Para gozar de este privilegio, ¿cree que basta rezar el ofrecimiento que ha compuesto?

—¡Oh, no, las palabras no bastan...! Para ser verdaderamente víctima de amor, es preciso entregarse totalmente. *En tanto uno se abrasa de amor, en cuanto se entrega al amor.*